LA POESIA DE CARLOS CLEMENTSON

La trayectoria poética de Carlos Clementson se nos ofrece como la de un autor con decidida vocación literaria que ha sido capaz de construir un mundo poético muy personal desde la concepción de la poesía como necesidad. Creador de una obra brillante y luminosa, Clementson realiza en sus libros creaciones que tienen su origen en una asumida creencia en su arte y en el destino de esa poesía. Concebida por él como un método de descubrimiento, de análisis, de enriquecimiento y de afirmación de sí mismo, la poesía analiza también el mundo y la vida, la existencia, que tanta importancia tiene en su obra y en su trayectoria lírica.

Carlos Clementson es ante todo un vitalista y se confiesa como tal pero con una insoslayable conciencia del dolor, tanto del suyo propio, como del de los demás.

Conocedor de su historia y de la historia, el poeta se enfrenta ante la aventura de vivir con la poesía como elemento capaz de dar muy buena cuenta de los avatares de ese vivir. Por eso al poeta le emociona y le descubre un mundo nuevo y artístico cualquier sensación irrepetible de tiempo o espacio, desde un recuerdo a un aroma, desde un paisaje a una determinada temperatura del aire. Para el poeta tiene mucha importancia la Naturaleza, que se convierte en una fuerza poderosa y sutil capaz de arrastrarlo a través de sentimientos múltiples, esplendorosos y brillantes. Desde el canto inicial de la soledad y la muerte, forjados en la infancia, pasando por la recreación de mitos y de héroes, Clementson traza la magnanimidad de un mundo engrandecido por la fuerza de su palabra poética, que finalmente confluye en un sentimiento particular de esa Naturaleza que está siempre presente en su obra.

Sensación, emoción y pensamiento son los tres polos que delimitan una poesía que está concebida como proceso de iluminación íntima y exterior del entorno. Poesía y vida, vida y poesía siempre caminan paralelas y son las vivencias, los recuerdos, las íntimas experiencias intelectuales las que van construyendo un mundo que se enciende o enriquece a través del acto creador. La poesía en definitiva es para Carlos Clementson la actividad primera de un escritor que cree en su poder vital, en su poderosa y secreta fuerza que empapa y atraviesa el

universo, en su misterioso flujo universal, capaz de dar vida y realidad sublime a los viejos y eternos estremecimientos del corazón humano.

Nacido en Córdoba en 1944, Carlos Clementson estudia Filología Románica en la Universidad de Murcia, región en la que se da a conocer como poeta al obtener en 1970 el Premio Polo de Medina con su libro *Canto de la afirmación*, que se publicaría en 1974. Posteriormente, han aparecido sus libros *Los argonautas y otros poemas* (1975), *De la tierra, del mar y otros caminos* (1979), que obtuvo el Accésit al Premio Adonais, *El fervor y la ceniza* (1982) y *Las olas y los años* (1986), selección de cuatro lustros de poesía recogida por él mismo en 1982.

La obra de Carlos Clementson ha sido desde el principio ejemplo de asimilación moderna de la clasicidad. La luminosidad del Mediterráneo y la especial sensibilidad ante la Naturaleza y el paso del tiempo han marcado el sentido de una espléndida poesía, que alcanzó su punto culminante en *De la tierra, el mar y otros caminos*, en el que consigue combinar tres dimensiones que van desde el mar al amor y desde éste a la tierra y que trascienden ante el poeta como contemplador entusiasta de un mundo trasfigurado, como experimentador de una nueva existencia. En su última poesía, Carlos Clementson ha experimentado una interesante modificación de su mundo poético anterior,

reteniendo, de su poderosa retina e imaginística, elementos que el poeta considera permanentes, pero renovando al mismo tiempo lenguajes, formas, fuerza expresiva, genio poético, y así, partiendo de su ya lejanas reflexiones tempo–espaciales, ha logrado un mundo nuevo, en el que el mar, como enseguida veremos, tendrá un protagonismo poético esencial, no sólo como símbolo o como conjunción múltiple de símbolos, sino como sustancia de una reflexión poética de alta trascendencia. Por ello la consideración de la obra más reciente de Carlos Clementson nos conduce a una lectura de obsesiones e inquietudes poéticas en torno al tiempo, en su ley imparable, y a la Naturaleza, cuya representación en el mar, es sólo una lección o una estancia de un planteamiento filosófico mucho más amplio.

Hace ya muchos años, el profesor Carlos Clementson defendía la necesidad de la poesía, en un artículo aparecido en el homenaje a su maestro universitario, el Profesor Mariano Baquero Goyanes, a quien, tras su muerte en 1984, el poeta ha dedicado versos llenos de sincera amistad y profunda conciencia del maestro que enriquece, ya definitivamente, la luz y la tierra de Murcia con su recuerdo y con su ejemplo imborrable. En aquél lúcido trabajo ponderaba la urgencia de una "poesía como refugio y antídoto contra la caterva y la irrupción extenuante e incansable de los "mas–media" embrutecedores y martilleantes, unifica-dores de la

múltiple personalidad humana en una uniformada y general suerte de cretinismo mental, castrado, en su raíz última, de la más mínima capacidad de opción y discernimiento".

Ya han pasado bastantes años desde el momento en que aquellas palabras se escribieron y Carlos Clementson, con su poesía, ha contribuido a crear un mundo poético en el que ha puesto de manifiesto que está corrigiendo lo que aquellas ideas sinceras y apasionadas denunciaban entonces. Entre sus libros, como ya hemos señalado, *De la tierra, del mar y otros caminos* se nos ofrece como una de las realizaciones más completas de su proyecto poético de integrar la poesía en una visión mejoradora de nuestro mundo. Porque este libro cubre, por su parte, las exigencias de que la poesía renueve un universo, con la elaboración de un espléndido mundo poético pleno de luminosidad, de amor y de fidelidad a una tierra y a un mar vigorosos, fuertes y brillantes. De las tres dimensiones que antes hemos señalado en este libro –el mar, el amor, la tierra–, tiene la primera parte la grandeza de lo meditativo, abstraído en sus gayos colores vividos desde la tarde, desde el sol, desde el mar o desde el entusiasmo. Vividos y sentidos, porque en estos poemas heridores de luz y brillantez, abrasantes de potente calor luminoso, se perciben la multiplicidad de unas sensaciones enriquecidas. Sensualidad mediterránea nacida del color y del aroma, del sabor y del sonido,

suave –casi rumor– de una naturaleza encendida por un sol potente. Sensualidad que el poeta, cordobés en el Mediterráneo, experimenta con arábica pasión aljamiada y "alfanjada de luna", habida en el instante en que el poeta, a la manera clásica, incita a disfrutar. Y al fondo el mar, con su "rotunda vastedad", con sus móviles colores que al poeta andaluz descubren brillante y rica pedrería. Y, con el mar, los cuerpos, como dioses, tendidos al sol, hablando y fundiéndose en la ucronía de la inmensidad mediterránea.

Un tono de clasicidad en alusiones mitológicas quiere fundirse, a través de mitos eternos, con la naturaleza mediterránea representada en los árboles, que igual que el ciprés, contemplan el *mare nostrum*, como *columna azul de un templo ya abolido.*

O, como el olivo, que en sus ojos verdes compite con Atenea, la más hermosa de las divinidades clásicas.

Incluye Clementson un *intermezzo* íntimo y amoroso en su libro, que va a servir de puente entre el canto del mar y el de la tierra que funcionará sólo en el recuerdo. Un despertar con rabioso desprecio de la civilización moderna:

oh aurora mancillada de fuel–oil

y un fuerte sentimiento amoroso nos conducirán a un poema de ausencia, en el que el autor trata de buscar la esencia del amor con afirmaciones decididas. Sólo tres

poemas cumplen el contenido de esta parte central, de estos caminos del "amor entre la sombra", caminos que nos van a conducir al tercio final *Memoria de la tierra.* Un intenso tono barroco, prendido al más prestigioso de los aires seiscentitas, nos canta la primavera en la que la alondra surca el aire de la almena

–pluma canora, heraldo de la aurora–

El poema más extenso del libro nos ofrecerá *La morada de la noche*, en contraste con otros temas anteriores, que aquí se tornan en sentimientos de nostalgia y olvido. Un poema de cordobés, arábigo y barroco, que añora el mar, un poema en el que el autor se ofrece a sí mismo, cierra este libro hermoso y sincero como sus palabras, como sus bellas imágenes, como sus versos irregulares y variados, que se van distendiendo y acortando al aire del vuelo del sentimiento poético.

Poemas éstos presididos por una insistente y preocupante fuerza cromática y por un moroso deleitarse en las palabras, en su concepto y en su sonido como en los versos que comienzan el *intermezzo* del libro:

Dormida, amada, creces, silente, azul, bruñida
tal un río de sueño bajo la luna en vilo,
tal un agua de plata ausente a la caricia

... ...

De la tierra, del mar y otros caminos supuso en la obra de Carlos Clementson su acceso al orbe de la

perfecta poesía y cumplió el libro, en la trayectoria del poeta, sus propósitos de creación de un mundo singular, en el que jugaba un importante papel un sentido de liberación notable y la entrega al vitalismo entusiasta que definirá su obra, ya sin alambiques, a partir de ahora. La Naturaleza, como ya hemos señalado, juega un papel muy importante en la obra del poeta, y a través de ella se traza un pensamiento cuyo valor reside tanto en su solidez como en su autenticidad, pero sobre todo en su trascendencia como origen y destino. Por lo menos en lo que a su representación poética se refiere. Por ello, el poeta ha declarado en alguna ocasión que "de mi amor y atención a la Naturaleza proviene, en estas fechas, mi aceptación natural y confiada de la idea de la muerte, que no de la nada, pues parece que nada se destruye, y si lo convencionalmente llamado *material* no desaparece del todo, ¿cómo esperar algo menos, referido a esa fuerza más intensa y sutil de la conciencia; la anulación de una capacidad tan vívida, superior y compleja? La contemplación del sereno discurrir de las fuerzas eternas, de los ciclos solemnes y discretos del mundo natural ofrece una viva lección de aceptación, pasividad y esperanza, al margen de aspavientos y de falsos temores".

Las olas y los años es el título que Carlos Clementson dio, en 1986, a una primera recopilación de su obra publicada hasta entonces junto a otros poemas inéditos y pertenecientes a libros futuros. Está el título de este

libro, que contiene cuatro lustros de poesía, tomado de un poema de su obra *El fervor y la ceniza*, publicada en 1982. En *Las olas y los años* poema hallamos una composición inhabitualmente entonces extensa, ya que supera las ocho páginas, pero que se justifica en su extensión cuando se advierte que sus versos constituyen una larga revisión de la propia vida del poeta, una especie de autobiografía espiritual trazada sobre la base de dos pilares –*vivants piliers*– sólidos: las olas y los años, la Naturaleza y el tiempo, "el tiempo que pasa y la Naturaleza –el mar y la tierra– que permanece", como el mismo poeta asegura en la introducción.

Pero, ¿cuál es el alcance y la medida de este tiempo? ¿Por qué con la naturaleza constituye una base sólida? El mar es para el poeta cambiante, como las olas, y siempre el mismo a un tiempo. Su atracción surge de su propia condición de inmenso espacio. Pero está también, con la misma intensidad, el tiempo su irreversible ley de transitoriedad:

Cae una gota de tiempo
colmando el vaso, el verso.
Cae muy lento el silencio
sobre el mar. Pasa lento el verano del ochenta,
sin fruto.
Pasa lenta una ola.
... ...

En este poema excelente de Carlos Clementson está el germen –el mismo título de aquella recopilación de 1986

así lo evidenciaba– de la poesía más reciente del poeta, que, en *La luz sobre las rocas* abre un nuevo camino muy interesante en la trayectoria ya iniciada por el autor.

Este último libro se nos ofrece como un poemario de singular intensidad y riqueza expresiva. En primer lugar descubrimos un estilo muy peculiar, de extensos poemas de andadura muy pausada, sosegados en el "tempo" y felices en las combinaciones expresivas. La conjunción de una expresión distendida y de tono narrativo se combina con una aparente sensación de naturalidad llenos de interés. Suaves metáforas ennoblecen la expresividad de palabras llenas de sentido y escasamente complejas en sus situaciones y combinaciones. El tono intimista revelado en la frecuente utilización de la segunda persona del singular (evidentemente reflexiva) completa el conjunto de recursos que hacen a estas poesías creaciones llenas de autenticidad y verdad poética.

Podemos afirmar que Carlos Clementson ha mantenido, de su mundo poético anterior, aquellos elementos de su poesía que contienen la fuerza y la belleza suficientes para continuar el camino trazado, y así, partiendo de sus ya alejadas meditaciones del tiempo y de la edad, ha traído, con los últimos poemas incluidos en esta selección, a la actual tradición elegíaca, tan viva y

tan potente en nuestra poesía, su aportación general a través de una visión del mar llena de lúcida vitalidad.

Clementson ha sabido encontrar en el mar y en sus elementos una lección de símbolos permanentes y ha facilitado el registro de todas las posibilidades tan variadas de un mar vivo, lleno de perfiles y no sólo con sus olas (signo de movimiento constante que encarna al que se atreve a contemplar la permanenten reiteración de su monótono verso), sino también la orilla, la arena, la luz, el sol. No es necesario que nos advierta Carlos Clementson –como en efecto hace– que ese mar, esa orilla, esa arena o esa luz, o ese sol, son los del Mediterráneo y los del Sureste, porque están claras las ricas referencias posesivamente vividas por el poeta en su infancia y juventud y fuertemente impresas en su retina, en su sensibilidad de poeta. Una composición, *La adelfa*, llena de viva plasticidad y de luminoso vitalismo nos ofrece un símbolo, el símbolo plástico representado en este árbol o arbusto mediterráneo resistente. La verdad de una imagen da fuerza y autenticidad a un mundo poético y así, el símbolo de la adelfa es algo más que un bello motivo poético y se entronca con la vasta representación del tiempo y el mar, en este momento clave de la dignificación de la naturaleza como permanencia. La adelfa contempla impasible el paso del tiempo y la mutación de las estaciones, soportando levantes y dejándose mover por los vientos y, al mismo

tiempo, contemplando. Contemplando esos elementos invariables que son lección de permanencia en esta poesía de andadura noble y espaciada: el mar, la arena, la luz, el sol, el azul, contemplándolos y escuchando los rumores del viento y de los pinos. Todo ese Mediterráneo, tan presente siempre en la poesía de Clementson, ahora vivo y lleno de sobrecogedora belleza y de atractivo vital.

Previsiones de futuro son también reflexión sobre el paso del tiempo. Es lo que ocurre con poemas como *dentro de cierto tiempo...*, composición de futuro realizada bajo la presión del paso y del peso del tiempo:

Las manos a la espalda,
pasearás bajo el sol
en una tarde
como ésta quizás,
sereno el ánimo
y una vaga sonrisa al borde de los labios.

Un futuro y una segunda persona que no son ya sino un presente y una clara primera persona trasfiguradas por la mano del poeta, que logra así una manipulación de las coordenadas reales de persona y tiempo. Es lo mismo que sucede en la reviviscencia clásica de *los templos serenos*, donde el poeta podrá hallar un futuro que finalizará el día de la última ola, expresión de una nueva y enriquecedora simbología del mar y de sus componentes.

Belleza, por tanto, aprehendida con entusiasmo y verdad en su intelección y recreación. La retórica limpia y clara de una poesía que permite encuadrar a Carlos Clementson en las más prestigiosas corrientes de la poesía española actual, que huyen del artificio de la retórica hueca y buscan en la autenticidad de los mundos poéticos y en la naturalidad de un mundo abierto y vital, la verdad de una creación artística altamente estimable. A ella aporta Carlos Clementson la obsesiva presencia del tiempo que huye, pero también el entusiasmo y el vitalismo de una vivencia casi religiosa de la Naturaleza como creencia y como adhesión, de una naturaleza que es sentida y creída en todos sus elementos, en todos sus impulsos, aquí representados en la gran lección del mar protagonista, el mar–símbolo, junto al cual el sol refleja *la luz sobre las rocas.*

Francisco Javier Díez de Revenga